Ben Reeves

Todo fue bonito y nada dolió

AdN

Ben Reeves

Todo fue bonito y nada dolió

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN

Título original: *Everything was Beautiful and Nothing Hurt*

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de cubierta: Compañía
Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Ben Reeves, 2026
© De la traducción: Laura Vidal, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-61-3
Depósito legal: M-16121-2026
Printed in Spain

A Kelly

Un muchacho acróbata

El coche plateado da cinco vueltas de campana antes de quedar boca abajo en el cruce. Un semáforo cambia de rojo a verde sin detectar nada extraño y los faros brillan furiosos en la lluvia, y las ruedas siguen girando, salpicando la calle vacía.

Todo está en silencio. Una tienda de kebabs, un resplandor amarillo. La austera blancura de la licorería y el chisporroteo de ventanas de viviendas parpadeando como guirnaldas luminosas. Caras que asoman por entre las cortinas. Se percibe el olor a las chispas de los fuegos artificiales que han explotado detrás de los adosados y también de las desprendidas del techo del coche cuando arañó la carretera.

El coche humea en el aire frío, el mundo invertido se refleja en el asfalto mojado. La humedad fue lo que hizo derrapar las ruedas —ruedas ilegales, demasiado gastadas, meras hebras color beis—, también el Jägermeister que él llevó a la fiesta y las pastillas que aún burbujean en su estómago.

Las ruedas del coche giran ahora más despacio, igual que un reloj sin cuerda.

Nada suena, pero todo habla: el coche habla, las señales hablan. Todo habla, muy bajito y muy suave: el susurro de una alcantarilla, el reclamo de sirenas lejanas. Todo aguarda.

Llegan una ambulancia, dos coches patrulla, con sus luces alternas: azules, rojas, azules. El semáforo hace lo posible por recitar lo ocurrido en su lenguaje de luces, pero nadie escu-

cha. Los paramédicos corren al lugar del accidente, rápidos, cautelosos y cansados por la larga noche; los policías parlotean por radio igual que periquitos. Esperan instrucciones.

Pero no llegan instrucciones porque el mundo se ralentiza más y más.

Se ralentiza más y más y más hasta que casi parece detenido.

Paramédicos de rostros inescrutables que enmascaran preocupación, paramédicos captados en plena zancada con las solapas de sus chalecos reflectantes congeladas a su espalda debido al aire gélido. Un agente de policía en el acto de parpadear. La lluvia suspendida en el aire, mil millones de perlas de cristal reflejando la escena.

Avanzo entre todo ello. Entre las gotas de lluvia suspendidas, entre los equipos de emergencia, y saboreo el peso de mi cuerpo y el crujido del cristal del parabrisas bajo mis pies descalzos. Camino hacia el coche pisando sus fragmentos, dispersos como diamantes de un joyero descuidado. Un cartel que dice «50» se inclina burlón hacia la puerta del conductor.

Y cuando el conductor, de veintinueve años, ese hombre que no es más que un niño, Samuel Preston, me ve por su ventanilla, abre mucho los ojos. Abre mucho los ojos porque sabe quién soy y a qué he venido. Todos lo saben, llegado el momento.

Tenía intención de pedir matrimonio a su novia el día de Año Nuevo. Ahora está despatarrado en el techo volcado del coche, todo aplastado y torcido, sujeto al asiento volcado, con las piernas destrozadas en algún punto por encima del volante. Los brazos rotos. El cuello roto, la columna quebrada, los nervios seccionados.

Me arrodillo, abro su puerta.

Sus amigos están inconscientes, uno en el asiento de delante; otro, detrás. Samuel intenta moverse, pero le digo ¡shhh! Entro

en el coche, me pongo su cabeza en el regazo, le acaricio el pelo; está asustado, y le digo que está todo bien, que no pasa nada.

Me dice que no puede moverse y le digo que lo sé, que no pasa nada. Él pregunta: ¿se acabó? No puede ser, ¿a que no? Y no contesto porque conoce la respuesta. Y cuando pregunta si no hay más remedio digo: sí, tranquilo. Ahora cierra los ojos. Obedece y hace una mueca de dolor. Le susurro algunas cosas. Le digo cosas que una persona debe saber solo antes de morir. Y el dolor se marcha y Samuel se relaja, atrapado en este doble mundo inmóvil donde la luz parpadea de azul a rojo, de nuevo a azul, a intervalos de varios minutos.

Pregunta: ¿le contarás a mi novia lo que ha pasado?

No puedo, le digo. Pero alguien lo hará.

Está embarazada.

Lo sé. Está todo bien. Cierra los ojos.

Ay, Dios, dice. Ay, Dios. Voy a echarlo de menos. Voy a echar de menos todo.

Samuel Preston mira por el parabrisas hecho añicos. Durante ocho segundos permanece inmóvil. A continuación, quita la pulsera del espejo retrovisor, que está del revés: cuentas de madera ensartadas en un elástico. Se las lleva a los labios y llora, y las huele, y recuerda. Su expresión es tensa y valiente. Y descansamos en la quietud, solos él y yo, callados, y el olor de la pulsera es lo último que percibe Samuel Preston.

Samuel Preston – 29 años, 5 meses, 4 días

Tres años se alejan a toda velocidad, como coches dando vueltas de campana, y yo, en las silenciosas primeras horas de un nuevo enero, deambulo. Samuel Preston no se me ha ido de la cabeza. Ninguno lo hace.

Deambulo, pues, y evito la ciudad y me deslizo por esos lugares de paso, el rompecabezas de hormigón, los árboles aprisionados en jardineras de ladrillo. Me gusta encontrarme estos rincones de verde en una ciudad gris: rincones escondidos que aspiran a no ser descubiertos nunca por promotores inmobiliarios, y los miro dar paso a más apartamentos, más casas. Hay un canal que recorre el borde del centro urbano, pero la oscurecen vías de tren y vallas metálicas, pasarelas, callejones, pasos subterráneos. El canal está bordeado de sauces amarillos cuyas llorosas ramas se derraman en el agua, y aquí y allá se entrelazan zarzas y casi puedes imaginar que estás en alguna clase de paraíso. Hasta que el rugido de un tren, o una isla de residuos flotando entre los juncos, o el tendido eléctrico asomando detrás de las copas de los árboles rompen el encanto. Es un paraíso hecho aparente por sus contradicciones, más valioso aún por su rareza.

Recorro el sendero junto al canal y me cruzo con una pareja de adolescentes que van de la mano. No quiero pensar en quiénes son o en quiénes serán; ahora mismo son una pareja joven y eso me basta. Hay un hombre sentado en un saco de dormir verde bajo el puente del tren. Los arcos del puente son un mosaico de grises allí donde el ayuntamiento tapa los grafitis y los grafitis recubren la pintura y la pintura vuelve a tapar los grafitis, en una batalla eterna cuyos adversarios nunca se encuentran. Hay hedor a pis. El olor almizclado del cannabis. El hombre del saco de dormir me pide un cigarrillo y le digo que no tengo mientras el sol naciente asoma rojo y oro por entre los sauces igual que el fogonazo de un fotógrafo en mi pequeño oasis.

Este parque, con la zona infantil en un extremo y el cementerio en el otro, es el parque en cuyo banco me siento y miro a John Lamb, el anciano, dar su paseo matutino. Para la ocasión viste pantalón beis holgado, zapatos de suela flexible y una chaque-

ta de *tweed* raída. Hubo un tiempo en que venía con su perro, Virgil, un *cocker spaniel*, y ambos se paraban a saludar a cada uno de los perros que se cruzaban en su camino, y John sonreía a los dueños y les daba los buenos días, y en ocasiones charlaban de cosas sin importancia, de perros y lluvia, antes de seguir su camino. Pero Virgil murió hace dos años de viejo y de corazón roto porque la mujer de John había muerto el invierno anterior. Ahora John pasea solo, y yo lo miro avanzar a trompicones por el largo sendero diagonal que atraviesa la hierba, dejar atrás el callejón con muro de ladrillo, la arboleda y los columpios y avanzar con paso saltarín hacia la carretera principal. Tiene el estómago vacío porque el beicon estaba malo. Tiene la mano vacía a falta de Virgil guiando el camino, y nota el brazo demasiado ligero, como si fuera a desprendérsele y a flotar al encuentro de su perro y de su mujer, esperándolo arriba, en alguna parte. Este anciano se cruza conmigo y no me mira. Yo lo observo renquear. Tiene las rodillas agarrotadas, y por tanto son sus caderas las que hacen el trabajo, y miro sus dedos de las manos cerrarse y abrirse. Miro el mechón de pelo blanco en la parte posterior de su cabeza, la forma en la que se mece con cada paso, y escucho rechinar y chirriar esos zapatos de suela flexible sobre el camino de asfalto. Huelo su aliento rancio por no haber desayunado ni tomado siquiera una taza de té. Siento los calcetines en contacto con sus espinillas, el picor en su entrepierna, el cinturón demasiado grande bailando en su cintura. Oigo cómo se esfuerza por hacer caso omiso del tráfico, por concentrarse en cambio en recordar cómo era este sitio cuando era un niño. Y mientras observo a este anciano sin perro, pienso en su mujer y pienso en budín de pan y mantequilla, y lo miro caminar por este mismo camino, solo, semana tras semana tras semana.